

Supervivencias de un mundo mágico
Imágenes de cuatro pueblos mexicanos

Laurette Séjourné
1952

Laurette Séjourné, arqueóloga y antropóloga francesa, trabajó muchos años en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Sus variadas investigaciones, sobre todo las notables excavaciones que dirigió en Teotihuacán, la llevaron más allá de la estricta arqueología y así penetró en el mundo espiritual de los antiguos mexicanos. Sus múltiples libros abarcan desde temas específicos como “la ciudad de los dioses” ya mencionada, hasta materias más amplias, como la de la obra *Pensamiento y religión en el México antiguo*. Hacia 1952, Séjourné realizó un interesante estudio en cuatro pueblos indígenas del estado de Oaxaca, donde pudo apreciar las *Supervivencias de un mundo mágico*.

Esto lo escribió en una famosa fiesta y peregrinación religiosa: “A varios días de marcha del último punto a que llega cualquier medio de locomoción mecánica, se encuentra Juquila, perdida en una inmensidad salvaje y prodigiosa de picos y precipicios.

“Durante la misa y el rosario, que puntúan el ritmo monótono de cada día, el templo está lleno de una multitud que escucha religiosamente los sermones de un joven cura, pulcramente ataviado. Saboreando la elegancia de su propia dicción, el sacerdote no se cansa de exaltar las virtudes de humildad y resignación delante de esas mujeres que, eternas penitentes, están arrodilladas sobre piedras que las lastiman, envueltas como en un sudario por el negro rebozo que simboliza bien su pobre destino [...] “Tanto el martilleo de los herreros –respiración del pueblo– como la letanía monótona de los prisioneros, que al fin del día cantan el rosario, serán recubiertos por el murmullo de la muchedumbre.



“Los comerciantes llegan primero. Las marchas agotadoras y las noches pasadas a cielo descubierto dan a los recién llegados un aire de familia de una especie extraña. Todos esperarán las discusiones para obtener del Ayuntamiento un sitio mejor. Después de hábiles conversaciones, una mujer gorda, flácida y sonriente logran instalar su comercio –un burdel con bebidas y juegos de azar– bajo una enramada que se levanta en el centro mismo de la plaza, junto a la fuente donde las mujeres y los niños vienen a buscar el agua.

“El acceso a la iglesia se hace de día en día más difícil, porque innumerables puestos de imágenes religiosas, de cocinas al aire libre y de barracas heterogéneas han brotado a su alrededor. Están también los buhoneros –con una caja rutilante de cintas y encajes colocada sobre el pecho, como en los libros infantiles–, entre los cuales, según se dice, hay ladrones que frecuentan asiduamente la feria (y al contemplar su inquietante gallardía, piensa uno que esto debe ser verdad); los cantantes callejeros, los limpiabotas, un loco semidesnudo que canta con éxito tonadas de su invención, arrancando de un mísero violín ruidos que hacen rechinar los dientes; los mendigos que exhiben sus deformidades con una constancia de pequeños comerciantes y, en fin, los peregrinos, que llegan por olas sucesivas durante más de una semana.

“Formados en columnas, éstos desembocan en la plaza, cargados de grandes ramos de romero, flores silvestres, helechos y ramas de pino, cantando himnos melancólicos. El aspecto de las mujeres de la ciudad, con sus ‘permanentes’, sus vestidos cortos y su desorden interior, resulta mezquino junto a la gracia severa de las indias, en particular de algunas que vienen de montañas lejanas, llevando enormes turbantes de lana negra, blancos vestidos flotantes y hermosas sandalias de cuero bordado.



“Una vez en la iglesia, se arrastran todos de rodillas hasta el altar, sucumbiendo casi bajo las flores y los cirios. Desde la entrada, se dirigen en alta voz a la Virgen; la atmósfera de la iglesia logra casi siempre vencer el templo de sus nervios, y los sollozos violentos y los llantos sofocados forman parte del ritual [...]

“La gente de la costa se divide en dos grupos: por una parte, negros más o menos mestizados; por otra, indios que o deben haber cambiado mucho desde los tiempos prehispánicos. Con particularidades muy diferentes, las mujeres de los dos grupos son extraordinarias: las primeras, bellas amazonas de gran prestancia y rostros autoritarios; las otras, pequeñas, los senos desnudos, puesta sobre la cabeza una media calabaza que recuerda curiosamente una boina vasca, caminando cerca de sus asnos sin atreverse a mirar a su alrededor.

“La charla de un loro que llega montado sobre una mula produce la admiración de todos, y como deliciosa niña de nariz respingada que lo acompaña indica un precio que parece demasiado alto, varias personas los siguen con la esperanza de poder adquirir de algún modo el pájaro sabio [...]

“La gente rodea al loro comentando su inteligencia y discutiendo su precio encarnizadamente, y cuando a un hombre que le pregunta: ‘¿Nos vamos, perico?’, él le contesta: ‘¿Dónde?’, es objeto de una verdadera ovación [...]

“La gente del Pacífico presta súbitamente un brillo prodigioso al conjunto opaco de peregrinos y comerciantes venidos desde el interior del país. Todo el mundo se pasea ahora con un loro sobre el hombro, y el parloteo de estos pájaros mundanos se eleva por encima del murmullo inarticulado de la multitud. Una mujer vende dos extrañas iguanas negras que observan a la muchedumbre con ojo penetrante; los curiosos se agrupan en círculos alrededor de una marta cuyas travesuras hacen pensar en las de un



osito, y las pieles de tigre se exhiben por todas partes. Los objetos de cuero suntuosamente bordados; las alhajas de oro con dibujos románticos; las calabazas grabadas donde se destacan, entre pesados follajes, pájaros y serpientes; las blusas bordadas con cuentas brillantes de vidrio, provocan el entusiasmo y la codicia de todos. Dos jóvenes negras, desnudas bajo una especie de sábana echada sobre el hombro, fuman con indolencia un gran cigarro de hoja. Están sentadas sobre el suelo e indican con aire indiferente el precio de sus mercancías, precio que nunca pasa de unos centavos. Las conchas de erizo, las estrellas de mar, las madrósoras malva esparcidas a su alrededor no están, como se podría creer en el primer momento, destinadas a la decoración; son medicamentos preciosos para ciertas enfermedades del corazón. Venden también unas bonitas semillas gris claro, redondas como canicas, y explican que, molidas y mezcladas con la orina, sirven de unguento que protege a los niños contra las asechanzas del mal de ojo. Un anciano en postura de ídolo monta guardia ante dos ardillas disecadas con frijoles rojo vivo en lugar de ojos. Conchas marinas de toda especie y un tucán con las plumas lamentablemente apagadas por la muerte. El pico del pájaro, reducido a polvo, constituye al parecer un remedio infalible contra los ataques de epilepsia. Entre las variedades innumerables de plantas y raíces medicinales de un puesto lleno de encanto, se encuentra en abundancia una flor sorprendente, la ‘mano de león’. Es una campánula aterciopelada, de pétalos rojos oscuro, pistilo que termina en una garra muy bien representada, con sus cinco dedos de los cuales surgen uñas puntiagudas. Los filetes de oro viejo que recubren los dedos y los pétalos que forman un amplio puño sobre ellos evocan con precisión la mano enguantada de un león de cuento de hadas. Muchas son las propiedades medicinales de esta flor inquietante y todas se relacionan con la sangre”.

Fuente: Iturriaga, José N. *Viajeros Extranjeros en el Estado de Oaxaca (Siglos XVI-XXI)*. Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Oaxaca, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Oaxaca, Oax. 2009, pp. 255-257.

